

Presentación

Seis meses desde la publicación del último número no es un plazo de tiempo suficiente que permita aportar una reflexión intelectual novedosa sobre los acontecimientos internacionales de actualidad, diferente de la realizada en la última entrega. Nada de lo más notorio ocurrido desde julio para acá se puede considerar completamente inesperado. La guerra civil siria ha dado alas en los últimos meses al autodenominado califato, que venía operando bajo distintos nombres en las tierras del norte de Irak hasta 2013, y cuya espectacular crueldad ha comenzado a alarmar a gobiernos y Estados. Las políticas neoliberales que parecían fuera de toda duda en Europa y los Estados Unidos entre políticos, economistas y gentes del mundo financiero, se ven cada día más cuestionadas. La enfermedad del ébola, que viene causando estragos en África desde hace décadas parece haberse convertido en noticia de actualidad en los últimos meses cuando ha comenzado preocupar a los gobiernos occidentales, quienes han constatado riesgos para la salud de sus ciudadanos. En México, los ciudadanos, hartos de la situación de violencia que viven, comienzan a reaccionar ante la lacra de la corrupción ampliamente extendida y la acción de grupos criminales. Ucrania, envuelta en una guerra civil desde la primavera pasada, parece haberse convertido en el centro de una guerra fría que libran desde el año pasado Rusia y Estados Unidos junto a la Unión Europea. La globalización, además de poner en contacto a los ciudadanos, las culturas y las instituciones, sigue creando monstruos.

Nada hay pues que no conduzca a un escenario previsible donde los conflictos regionales se enquistan o agravan por el juego de intereses de las grandes potencias, o donde los gobiernos reaccionan solo cuando se sienten afectados. Sin embargo, por debajo de este panorama no se observa ninguna clase de “retorno de la historia”, y la vida continúa. La ciencia, por ejemplo, consigue espectaculares avances (descubrimientos contra el cáncer y el sida, nuevos materiales, lucha contra el cambio climático, etc.), y los ciudadanos son cada vez más conscientes de lo inaceptable de los abusos de los poderes económicos y de la complacencia y complicidad con la corrupción – e incluso con el crimen – que llega en ocasiones a afectar a la política. El acceso a los medios de masas y a la cultura, además de las propias situaciones de fragante desigualdad, injusticia, abuso y desarraigo, es clave para entender ese incremento de la capacidad crítica.

¿Hasta qué punto la historiografía es capaz de captar esta clase de cambios y de incorporarlos a su terreno? Es cierto que la transformación del panorama historiográfico internacional ha sido impresionante en las últimas décadas y ha cedido el paso a una variedad de paradigmas, que tienden a liberarse de ciertas “grandes teorías” y que sirven para explicar la vida de las gentes y sus culturas. Pero hay un factor que continúa necesitando de una reflexión en profundidad dado que atañe a los usos públicos de la historia. Ese aspecto es la memoria. A pesar de la proximidad en el tiempo (y en el espacio, gracias a la rapidez de las comunicaciones y la red), los acontecimientos arriba citados pronto se convertirán en memoria: memoria de la situación en Siria, en Ucrania, memoria del ébola, etc... Como afirman diversos autores, vivimos en una cultura de la memoria que proyecta una sensación de presente perpetuo sobre las situaciones pasadas – incluso las recientes – y transforma en recuerdo todo lo que nace. Esta circunstancia ha ejercido una notable influencia sobre el pensamiento histórico, impidiendo o dificultando la posibilidad de entender los acontecimientos pasados, e incluso nuestra

propia historicidad ¿Qué puede hacer el historiador en esta situación? Además de reforzar el estudio de los cambios históricos con conceptos adecuados, como ha ocurrido en las últimas décadas en la historiografía y la teoría social, se necesita también deconstruir las memorias, esto es, analizar los recuerdos examinando sus elementos teóricos y su contextualización histórica.

Este número de *Historiografías* versa precisamente sobre la memoria. No es la primera vez que introducimos artículos sobre este tema, pero sí la primera que le dedicamos un dossier. Después de publicar casi 50 artículos y otras tantas reseñas en los últimos cuatro años, creemos que la revista ha encontrado su propio espacio en el panorama de los estudios y la reflexión histórica, y que se merece el primer dossier. El tema del mismo es, como decíamos, la teoría de la memoria. En él ofrecemos los resultados de la jornada científica que tuvo lugar el 8 de mayo del presente titulada “Los espacios de la memoria en la sociedad actual: teoría e historia”, de cuyo adelanto el lector tuvo noticia en el número 7 con la reseña de Pablo Aguirre Herráinz (pp. 101-112). Para completar el apartado Historia y Teoría hemos incluido un texto de la doctora Laia Quílez Esteve de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona (España).

En los aludidos textos los autores han abordado diversas caras de la memoria. El profesor Francisco Erice Sebares, en “Las memorias nacionales: conflictos y límites”, examina las relaciones entre la identidad y la memoria. No es una cuestión menor. Las identidades, como ya mostraron los clásicos hace treinta años (Benedict Anderson, E. J. Hobsbawm, Pierre Nora, etc.), son esenciales para entender la naturaleza de la política y de los movimientos sociales. Ahora bien, la memoria social también es un componente de las identidades. En este artículo, el profesor Erice defiende que las memorias nacionales no son una simple metáfora, y acepta el hecho de que la memoria social puede ir mucho más allá de la memoria de grupo. El tema no es del todo nuevo, pero quizá sí lo es el modo en que el autor defiende la tesis de que las memorias se difunden normalmente en escenarios conflictivos, así como en interacción entre ellas y con toda clase de grupos de memoria.

Este texto deja paso al del doctor Pedro Piedras Monroy, “Hacia una redescipción textual de la memoria”. Es este un trabajo polémico que no dejará indiferente a sus lectores. Para el doctor Pedro Piedras la historiografía al uso no tiene capacidad suficiente para dar cuenta de las memorias, especialmente de las memorias traumáticas y de sus emociones intransferibles: es un conocimiento demasiado lejano y sometido a reglas analíticas o a convencionalismos académicos. Pero frente al agnosticismo epistemológico que podría derivarse de esta posición, el autor considera que sí es posible una alternativa razonable: un tipo de narrativa que sea capaz de recoger los componentes subjetivos del recuerdo y organizarlos, un procedimiento que permita empatizar con los testigos, incluso cuando uno mismo es testigo, y transmitir al mismo tiempo las narraciones. He aquí una buena propuesta para discutir el tema de los límites de la representación de las memorias traumáticas.

El texto de la profesora Laia Quílez Esteve trata del problema de la llamada posmemoria. La cuestión viene planteándose desde hace unos años ¿qué ocurre con las memorias de segunda y de tercera generación? ¿Son capaces de ser fieles a las de los testigos directos adultos? En este artículo el lector encontrará interesantes reflexiones y ejemplos sobre el tema. Probablemente esta idea es complementaria con la de la

profesora Aleida Assmann, que hemos comentado en anteriores entregas de *Historiografías*: que la memoria es un artefacto cultural que combina la estabilidad con el cambio, y que siempre se refiere a acontecimientos que acaban ingresando tarde o temprano, con el paso de las generaciones sobre todo, en la memoria cultural.

El último de los textos del apartado de Historia y Teoría es el trabajo del profesor Santiago Ripol Carulla titulado “La justicia de transición: concepto y práctica española (selección de bibliografía y documentación)”. Se trata de un texto sobre todo informativo pero que consideramos que sirve de complemento para un monográfico como este, donde entre otras cosas se pretende registrar y comentar distintos tipos de memoria. Como dice el autor, la justicia de transición es un elemento que refleja hasta qué punto las políticas de nuestro tiempo se basan en componentes intangibles como el recuerdo, y pueden estar ligadas a agendas de derechos humanos – en este caso el recuerdo de episodios traumáticos, protagonizados por determinados regímenes, una vez estos han desaparecido o se hallan debilitados –. El lector curioso hallará aquí una útil bibliografía para adentrarse en el tema.

En el apartado de Varia historiográfica el lector hallará esta vez dos trabajos sobre historiografía cuya presencia únicamente está justificada en dicho apartado, y no en el anterior, por su extensión. El texto de la profesora Blanca Fernández García, “Carlo Ginzburg, microhistoria y escala: el caso de Vinatero calvinista”, es una muestra de cómo la obra de este famoso historiador italiano se ha convertido en un clásico. Ello, debido a sus paradojas. Como dice la autora, la obra de Ginzburg adelanta algunos de los elementos de la influencia del postmodernismo en la historiografía, pero al mismo tiempo, dado su rigor historiográfico, está profundamente ligado a las más fecundas corrientes de la historiografía moderna, esto es, el estudio de la historia desde abajo.

El segundo texto del apartado de Varia historiográfica está escrito por la profesora Omayda Naranjo Tamayo y se titula “La mujer mexicana de la primera rebelión de los cristeros (1926-1929): una mirada historiográfica”. Esta es la segunda vez que tratamos el tema de la rebelión cristera en *Historiografías*. Para la historiografía y la memoria mexicana es este un tema de gran importancia porque muestra un movimiento que se opuso a su Revolución y donde el papel de la mujer fue decisivo. En este artículo la profesora Omayda Naranjo reivindica la historia de género y va repasando de qué modo la historiografía sobre el tema ha ido mostrando el papel de las mujeres cristeras. Todo un síntoma de la importancia que la historiografía concede a la historia de las mujeres, pero también de la necesidad de seguir reivindicando a esta.

El número finaliza con las correspondientes reseñas, esta vez sobre teoría de la cultura, identidades y narrativas nacionales, historia de la historiografía, el mundo de los libros y las editoriales, etc.

Para concluir esta presentación, debemos lamentar los fallecimientos en 2013 de dos miembros de nuestro consejo científico, los profesores Julio Aróstegui y Jacques Maurice, quienes formaron parte del mismo desde sus inicios. Para cubrir sus tareas el consejo editorial ha nombrado al doctor Pedro Piedras Monroy, traductor y reputado especialista en teoría de la historia.

Gonzalo Pasamar

Presentation

Six months after the release of the last issue, insufficient time has elapsed to enable us to make any further intellectual reflections on international events that break any new ground. None of the most notorious crises and disasters that have occurred since July can be considered really unexpected. The civil war in Syria has fuelled the so-called caliphate, which was operating under various names in the lands of northern Iraq until 2013, and whose spectacular cruelty has sounded alarm bells for many governments and States. Neoliberal policies, seemingly considered to be beyond reproach by politicians, economists and finance experts in Europe and the United States, are now being increasingly called into question. The Ebola virus, which had been creating havoc in Africa for decades, has headlined the news in recent months since Western governments, realising the risks involved for the health of their own citizens, started to show their concern. In Mexico, the public, fed up with the violence forming the backdrop of everyday life, are beginning to rise up against the scourge of widespread corruption and the activities of bands of criminals. Ukraine, involved in a civil war since last spring, seems to have become the epicentre of a new cold war between Russia and the US, with the support of the European Union. In short, besides bringing citizens, cultures and institutions into contact with one another, globalisation still throws up monsters.

There is thus nothing new that does not lead to a foreseeable outcome, where regional conflicts fester or worsen thanks to the interplay of interests among the great powers, or where governments react only when they feel it affects them directly. Nevertheless, no sort of “history repeats itself” appears to lurk behind this panorama, and life goes on. Science, for instance, is making spectacular progress (discoveries in the fight against cancer and AIDS, new materials, fighting climate change, etc.); and the general public is becoming more and more aware of the unacceptability of the abuses of economic power and complacent and complicit attitudes where corruption – or even murder – is concerned, which can sometimes even have a political affect in some places around the world. Access to media and culture, besides flagrant situations of inequality, injustice, abuse and uprooting, is crucial to understand that growth in our capacity for criticism.

To what extent is historiography capable of grasping changes of this nature and incorporating them in its field of study? It is true that the past few decades have witnessed an impressive transformation of the international historiographical panorama, yielding to a variety of paradigms, which tend to break away from certain “big theories” and serve to explain the common people’s current and past life and their cultures. However, there is one aspect that continues to beg for in-depth reflection, for it concerns the public uses made of history. This aspect is memory. Despite their closeness in time (and in space, thanks to the speed of the network and communications), the events mentioned above will soon become objects of memory: people’s recollections of the situation in Syria and Ukraine, their memory of Ebola, etc. As various authors have pointed out, we are living in a culture revolving around memory, which tends to cast an image of perpetual present over the past – even the recent past – and transform everything that is born into remembrance. This circumstance has exerted a noteworthy influence over historical thought, by preventing or hindering our ability to understand past events, and even our own historicity. What can the historian do in this situation? Apart from reinforcing the study of historical changes with the right concepts, as was

the case during recent decades in the fields of historiography and social theory, there is also a need to deconstruct memories, namely to discuss remembrances by examining their theoretical components and their accurate historical contextualisation.

This issue of *Historiografías* revolves around the topic of memory. It is not the first time that we have included articles on this subject, but it is the first time that we have released a monographic issue devoted to this theme. After publishing nearly fifty research or informative articles and a similar number of reviews over the past four years, we believe that the journal has found its own niche in the field of historical studies and reflection, and this deserves a special issue. Thus, the subject of this issue is the theory of memory. Here, we offer the outcome of the conference that took place on 8 May this year entitled “The Spaces of Memory in Current Society: Theory and History”, an advance of which was provided for our readers in issue number 7 with Pablo Aguirre Herráinz’s review (pp. 101-112). To complete the section *Historia y Teoría* we have included a text by Dr Laia Quílez Esteve from Rovira i Virgili University in Tarragona (Spain).

In these texts, the authors have addressed different facets of memory. Professor Francisco Erice Sebares, in “National Memories: Conflicts and Limitations”, examines the relationship between identity and memory. This is not a minor issue. Identities, as the classics (Benedict Anderson, E. J. Hobsbawm, Pierre Nora, etc.) already demonstrated thirty years ago, are crucial to our understanding of the nature of politics and social movements. And yet social memory is also a component of identities. In this article, Professor Erice defends the fact that national memories are not a simple metaphor, and accepts that social memory may go far beyond the remembrances of a specific group. The idea itself is not completely new, but may well be the case with the manner in which the author defends the thesis that memories spread normally in conflictive scenarios, and in mutual interaction with all sorts of memory groups.

This piece is followed by that of Dr Pedro Piedras Monroy, “Towards a Textual Redescription of Memory”. This is a controversial article, which will not leave any of our readers indifferent. For Dr Piedras, common historiography does not have sufficient capacity to give an account of memories, particularly traumatic memories and their non-transferable emotions. History is knowledge that is too distant and subjected to analytic rules or academic conventions. But, when confronted with the scientific agnosticism that might be derived from such a position, the author considers that a reasonable alternative is indeed possible. And this is just what he proposes, namely a kind of narrative that is capable of collecting the subjective components of remembrance and of organising them. A method that enables the researcher to empathise with what witnesses feel and say, even when (s)he is also a witness (as in this case) and, at the same time to proceed to transmit such remembrances. This is an excellent proposal for discussing the limits of representation regarding traumatic memories.

The text by Dr Laia Quílez Esteve deals with the problem of so-called postmemory: “Towards a Theory of Postmemory. Reflections on the Representations of Generational Memory”. The issue has arisen in the past few years: what happens in the case of second or third-generation memories? Are they able to remain faithful to those held by adults who were direct witnesses of the event? In this article, the reader will find interesting reflections and examples on that topic. Such ideas may complement that of Professor Aleida Assmann, which we have addressed in previous issues of *Historiografías*: memory is a cultural artefact that combines stability with change, and

that always refers to events that sooner or later, with the passing of generations, end up entering the cultural memory.

The last piece in the section *Historia y Teoría* is that of Professor Santiago Ripol Carulla, entitled “Transitional Justice: Concept and Practice in Spain (Selected Bibliography and Documents)”. This work is of an informative nature but very useful for a monographic issue such as this one, which, among other things, aims to record and comment on various types of memory. According to the author, transitional justice is a device that reflects to what extent current politics is based on intangible components such as memory, and may be linked to human rights agendas – in this case, the memory of traumatic episodes involving certain regimes, once these have disappeared or are on the verge of doing so. The curious reader will find here a useful bibliography to delve into this topic.

In the *Varia historiográfica* section in this issue, the reader will find two pieces on historiography, whose presence is only justified in this section, rather than the previous one, owing to their length. The text by Professor Blanca Fernández García, entitled “Carlo Ginzburg, Microhistory and Scale: the Case of the Calvinist Vintner”, is proof of how the work of this famous Italian historian has become a classic. And this is perhaps because of its paradoxes. According to the author, Ginzburg advances some of the elements of the influence wielded by Postmodernism on historiography, but at the same time, given his historiographic rigour, he is also deeply rooted in the most fertile trends in modern historiography, namely the so-called “history from below”.

The second text in this section, written by Professor Omayda Naranjo Tamayo, is entitled “The Mexican Woman in the First Cristero Rebellion (1926-1929): A Historiographic Gaze”. This is the second time that we address the topic of the Cristero Rebellion in *Historiografías*. For Mexican historiography and memory, this is a hugely important topic since it visualises a movement which opposed the Mexican Revolution and where the role of women was crucial. In this article, Professor Omayda Naranjo defends gender history and presents an overview of historiography, highlighting the mention of the Cristero women. This is a symptom of the importance given by historiography to the history of women but also of the need to continue to defend it.

The issue ends with the habitual reviews, this time on the theory of culture, identities and national narratives, the history of historiography, the world of books and publishers, etc.

Finally, to conclude this presentation, we offer our condolences for the passing in 2013 of two members of our Advisory Board, Professors Julio Aróstegui and Jacques Maurice, who were members of the Board since the outset. To cover their duties, the Editorial Board has appointed Dr Pedro Piedras Monroy, translator and renowned specialist in Theory of History.

Gonzalo Pasamar

Présentation

Les six mois qui se sont écoulés depuis la publication de notre dernier numéro ne permettent pas de proposer une réflexion intellectuelle nouvelle sur les événements internationaux de l’actualité, réflexion qui serait substantiellement différente de celle du

dernier numéro. Rien de ce qui s'est passé depuis juillet ne peut être considéré comme réellement inattendu. La guerre civile en Syrie a donné, ces derniers mois, des ailes au califat autoproclamé, qui opérait sous différents noms dans le Nord de l'Irak jusqu'en 2013, et dont la spectaculaire cruauté a fini par alarmer gouvernements et États. Les politiques néo-libérales que personne parmi les hommes politiques, les économistes et le monde de la finance n'avait jusqu'alors remis en question dans toute l'Europe et aux États-Unis, sont désormais mis en cause. L'épidémie de fièvre Ébola, qui dévaste l'Afrique depuis des décennies est passée sous les feux de la rampe ces derniers mois, depuis qu'elle a commencé à préoccuper les gouvernements occidentaux, qui ont constaté qu'il pouvait y avoir des risques pour la santé de leurs concitoyens. Les Mexicains, exaspérés par la violence qu'ils subissent au quotidien, commencent à réagir face au fléau que représente la corruption généralisée et l'action de groupes criminels. L'Ukraine, empêtrée dans une guerre civile depuis le printemps dernier, semble être devenue le centre d'une guerre froide que se livrent depuis l'année dernière la Russie et les États-Unis face à l'Union européenne. La globalisation, outre qu'elle met en relation les citoyens, les cultures et les institutions, continue à engendrer des montres.

Rien donc qui ne nous conduise à un scénario prévisible où les conflits régionaux s'enkystent ou empirent en raison du jeu d'intérêt des grandes puissances, jeu dans lequel les gouvernements ne réagissent que lorsqu'ils se sentent concernés. Toutefois, sous ce tableau, on n'observe aucun "retour de l'histoire", et la vie continue. La science, par exemple, connaît des avancées spectaculaires (découvertes contre le cancer et le sida, nouveaux matériaux, lutte contre le changement climatique, etc.), et les citoyens sont de plus en plus conscients tant du caractère inacceptable des abus de pouvoir économiques que de la complaisance des gouvernements envers la corruption – pour ne pas dire de leur complicité avec le crime – qui en viennent parfois à éclabousser la politique. L'accès aux médias et à la culture, en plus des situations flagrantes d'inégalités, d'injustices, d'abus et de déracinement, est fondamental pour comprendre cette recrudescence de l'esprit critique.

Jusqu'à quel point l'historiographie est-elle capable de capter ce type de changements et de les faire siens ? Il est certain que la transformation du panorama historiographique international a été impressionnante ces dernières décennies et a cédé le pas à une variété de paradigmes qui n'hésitent pas à s'affranchir de certaines "grandes théories" et qui servent à expliquer la vie des gens et des cultures. Mais il y a un facteur qui continue à requérir une réflexion en profondeur en ce qu'il atteint les usages publics de l'histoire : la mémoire. Malgré la proximité temporelle (et spatiale, grâce à la rapidité des moyens de communication et d'Internet), les événements ci-dessus mentionnés feront bientôt partie de la mémoire : mémoire de la situation en Syrie, en Ukraine, mémoire du virus Ébola, etc... Comme le soulignent différents auteurs, nous vivons dans une culture de la mémoire qui projette une sensation de présent perpétuel sur les situations passées – même les plus récentes – et transforme tout ce qui naît en souvenir. Ce fait a eu une influence non négligeable sur la pensée historique, faisant obstacle à la compréhension des événements passés et même de notre propre histoire. Dans ce contexte, que peut faire l'historien ? En plus de renforcer, à l'aide des concepts adéquats, l'étude des changements historiques, comme ce fut le cas dans les dernières décennies dans l'historiographie et dans la théorie sociale, il convient de déconstruire les mémoires, c'est-à-dire d'analyser les souvenirs en étudiant leurs éléments théoriques et leur contextualisation historique.

Ce numéro d'*Historiografías* traite précisément de la mémoire. Ce n'est pas la première fois que nous présentons des articles sur ce thème, mais c'est le premier numéro à y consacrer tout un dossier. Après avoir publié presque 50 articles et autant de compte rendus de lecture ces quatre dernières années, nous pensons que la revue a trouvé sa place dans le panorama des études et de la réflexion historiques, et qu'elle mérite son premier dossier. Le thème en est, comme nous le disions, la théorie de la mémoire. Nous y présentons les résultats de la rencontre scientifique qui s'est tenue le 8 mai de cette année, sur "Les espaces de la mémoire dans la société actuelle: théorie et histoire", et dont nos lecteurs avaient pu prendre connaissance dans le numéro 7 à travers le compte rendu de lecture fait par Pablo Aguirre Herráinz (p. 101-112). Pour compléter la rubrique Histoire et Théorie, nous avons inclus un texte de Laia Quílez Esteve de l'Université Rovira i Virgili de Tarragona (Espagne).

Dans les textes en question, les auteurs ont abordé différentes facettes de la mémoire. Le professeur Francisco Erice Sebares, dans "Les mémoires nationales : conflits et limites", étudie les relations entre identité et mémoire. La question est de taille. Les identités, comme l'ont déjà montré quelques historiens de renom il y a 30 ans (Benedict Anderson, E. J. Hobsbawm, Pierre Nora, etc.), sont essentielles pour comprendre la nature de la politique et des mouvements sociaux. Toutefois, la mémoire sociale est aussi une composante des identités nationales. Dans cet article, le professeur Erice soutient que les mémoires nationales ne sont pas une simple métaphore, et il accepte que la mémoire sociale puisse aller bien au-delà de la mémoire de groupe. Le sujet n'est certes pas nouveau, mais la façon dont l'auteur défend la thèse selon laquelle les mémoires se diffusent habituellement sur des scènes de conflit, ainsi qu'en interaction les unes par rapports aux autres et par rapport à d'autres groupes de mémoire, l'est sans doute davantage.

Ce texte précède celui du Docteur Pedro Piedras Monroy, "Vers une redescription textuelle de la mémoire". C'est là un travail polémique qui ne laissera pas ses lecteurs indifférents. Pour le docteur Pedro Piedras, l'historiographie en vigueur n'est pas encore capable de rendre compte des mémoires, spécialement des mémoires traumatiques et de leurs émotions impossibles à transmettre : c'est une connaissance trop lointaine et soumise à des règles d'analyse ou à des conventions académiques. Mais au lieu d'adopter l'agnosticisme épistémologique qui pourrait en découler, l'auteur considère qu'il est possible de choisir une position rationnelle, en privilégiant un type de récit à même de recueillir les composantes subjectives du souvenir et de les organiser : un procédé qui permette une empathie avec les témoins, y compris quand on l'est soi-même, et la transmission simultanée des récits. C'est donc une bonne proposition pour discuter des limites de la représentation des mémoires traumatiques.

Le texte du professeur Laura Quílez Esteve aborde le sujet de ce que l'on appelle la post-mémoire. Cela fait quelques années que se pose le problème des mémoires de la deuxième et de la troisième générations. Peuvent-elles être fidèles à celles des témoins directs adultes ? Dans cet article, le lecteur trouvera d'intéressantes réflexions sur la question, exemples à l'appui. Cette idée est sans doute complémentaire de celle du professeur Aleida Assmann, dont nous avons parlé dans des numéros précédents de *Historiografías* : la mémoire serait un artefact culturel combinant stabilité et

changement, qui renverrait toujours à des événements qui, avec la succession des générations, finissent tôt ou tard par être incorporés dans la mémoire culturelle.

Le dernier des textes de la rubrique “Histoire et théorie” est le travail du professeur Santiago Ripol Carulla, intitulé “La justice de transition: définition et pratique à travers le cas espagnol (sélection bibliographique et documentaire)”. Bien qu’il s’agisse d’un texte informatif, nous considérons qu’il sert de complément à un numéro monographique comme celui-ci, dans lequel on prétend faire le point raisonné sur différents types de mémoire. Comme dit l’auteur, la justice de transition est un élément qui reflète à quel point les politiques de notre temps sont fondées sur des composantes intangibles comme le souvenir, et peuvent être liées à des calendriers de célébration des droits de l’homme – dans ce cas le souvenir d’épisodes traumatiques, perpétrés par des régimes donnés, une fois qu’ils ont disparu ou qu’ils se trouvent affaiblis. Le lecteur curieux trouvera ici une utile bibliographie introductive au sujet.

Dans la rubrique “Varia historiográfica”, le lecteur trouvera cette fois deux travaux sur l’histoire dont la présence dans cette section, et non dans la précédente, se justifie par la longueur. Le texte du professeur Blanca Fernandez Garcia, “Carlo Ginzburg, microhistoire et échelle: le cas du vigneron calviniste”, montre combien l’œuvre du célèbre historien italien est devenue classique. Et cela, du fait de ses paradoxes. Comme dit l’auteur, l’œuvre de Ginzburg annonce quelques-uns des éléments de l’historiographie postmoderne, mais en même temps, du fait de sa rigueur historique, il demeure profondément lié aux courants les plus féconds de l’historiographie moderne, à savoir l’histoire d’en-bas.

Le second texte de la rubrique “Varia historiográfica”, écrit par le professeur Omayda Naranjo Tamayo, a pour titre “La femme mexicains de la première révolte des cristeros (1926-1929): un regard historiographique”. C’est la deuxième fois que nous abordons le sujet de la rébellion cristera dans *Historiografías*. Pour l’historiographie et la mémoire mexicaines ce sujet revêt une grande importance parce qu’il présente un mouvement qui s’est opposé à la Révolution et dans lequel le rôle de la femme fut décisif. Dans cet article, le professeur Omayda Naranjo revendique une approche historique de genre et retrace le traitement des femmes cristeras dans l’historiographie sur la question. On y perçoit l’importance accordée à l’histoire des femmes, mais aussi le besoin de continuer à la revendiquer dans l’historiographie.

Le numéro se clôt sur les comptes rendus, cette fois sur la théorie de la culture, les identités et les récits nationaux, l’histoire de l’historiographie, le monde des livres et les maisons d’édition, etc.

Nous ne saurions conclure cette présentation sans exprimer notre tristesse suite aux décès, en 2013, de deux membres de notre Conseil Scientifique: les professeurs Julio Aróstegui et Jacques Maurice, qui en firent partie dès les débuts. Le Conseil de rédaction a nommé à leur place le docteur Pedro Piedras Monroy, traducteur et spécialiste de renom en théorie de l’histoire.

Gonzalo Pasamar